

Cristian Crusat

BREVE TEORÍA DEL VIAJE
Y EL DESIERTO

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Para la adjudicación
del Premio Internacional de Cuentos «Manuel Llano» 2010,
el Jurado nombrado al efecto fue:

Presidente:

Excmo. Sr. Consejero de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria y
Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad Regional de Cultura y Deporte, S. L.
D. Francisco Javier López Marcano

Vocales:

Don José Manuel Benítez Ariza
Don Luis Mateo Díez Rodríguez
Don Ignacio Martínez de Pisón
Don Manuel Ramírez Giménez

Secretaria:

Doña Pilar Piqueres Ruiz

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Fotografía de la cubierta: © Damien Sueur

1ª edición: marzo de 2011

© Cristian Crusat, 2011
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2010
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

en coedición con:

GOBIERNO DE CANTABRIA
Consejería de Cultura, Turismo y Deporte



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-13-0

DEPÓSITO LEGAL: M-13069-2011

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

Para Rocío

*Ainsi l'âme va d'un extrême à l'autre,
de l'expansion de sa propre vie à l'ex-
pansion de la vie de tous.*

MARCEL SCHWOB
Coeur double

(...) como el remolino
de dos granos de arena (...)

JOSÉ MORENO VILLA
Jacinta la Pelirroja

*Walked hundred miles of desert sun,
to grasp the chance that I'll be gone,
be one with you, yeah.*

KYUSS
Blues for the Red Sun

PARCELAS

ME despierto aturdido y empapado en sudor. Junto al flanco izquierdo de mi cuerpo, Nola y Hazel continúan durmiendo una al lado de la otra. Poco a poco advierto que regresan del inhabitado lugar donde se puedan encontrar, entre bufidos, aunque sin demasiado interés, lanzando alguna patada malintencionada, rencorosa y a mi entrepierna.

—Creo que he vuelto a tener ese sueño —anuncio, sabiendo que da lo mismo.

No veo nada. Abandono nuestra cama con dificultad y ellas aprovechan para ampliar su espacio y ocupar mi sitio, como dos hermanas en la cama vacía de sus padres. Sin saber la hora, intuyo por mi entumecida percepción (todas mis conexiones neuronales desembocan en estos momentos en una habitación de aislamiento acorazada, forrada de gruesas planchas de corcho) que debe de tratarse de ese ángulo muerto nocturno entre las tres y las cinco de la maña-

na. No me molesto en abotonar la camisa y, manoteando sobre mis costillas, compruebo que el paquete de tabaco sigue en su sitio.

Voy a tuestas hacia la puerta de la caravana. Las sábanas están esparcidas por el suelo, son innecesarias en esta atmósfera ardiente. Desde que vivimos en el desierto, mis rodillas emiten unos crujidos punzantes cuando me incorporo. Envejezco sin rencor; más allá de Three Mile Island, el mercurio rojo y el amianto. Evito con mi adormecido sentido del tacto un par de vasos en el suelo, rozando las paredes de linóleo, la mesa y las sillas de plástico con el codo y la espalda. Por un momento, creo ver a una de ellas sentada al borde de la cama, rígidos sus hombros como frente a un piano de niebla. Aunque no es así. Ya nunca es así.

No sé cuántos días llevo sin ver el sol, recluso en la caravana hasta la madrugada. Por lo menos cuatro, desde el baile de Nola frente a la hoguera de animales sin dientes.

Afuera, la tranquilidad del lugar contrasta con mis convulsos sueños, poblados por súbitas caídas al vacío, desoladas ferias de ganado y mis propios familiares en situaciones vergonzosas. Salgo a la sofocante noche bordeando nuestra parcela de camping abandonado, la cual es del tamaño de un pequeño granero. Como la cremallera oxidada de unos viejos vaqueros 501, la

noche se abre frente a mí. Tierra cauterizada es todo lo que hay. Y mosquitos que anuncian la calamidad entre la penumbra hostil. Estiro las piernas y me dirijo hacia el morro de nuestra casa rodante, sin dominar todavía las distancias. Antes de hacer el balance de esta noche decido encender un cigarrillo. Apoyándome en la todavía caliente parrilla de ventilación, comienzo a distinguir los desechos que han arrojado contra nuestra caravana. Hay condones entre la ropa tendida y colgando del espejo retrovisor. Incluso en el antepecho de la ventana lateral, pegados a la mosquitera. «Usados», confirmo, mientras apago de un soplo la cerilla, en cuya caja se lee ARMANDO'S FISH & CHIPS. De un rápido vistazo periférico —aprovechando la escuálida estela de luz proveniente del fósforo que se ahoga todavía en la oscuridad—, compruebo que el resto de vehículos y remolques tienen las luces apagadas. Una veta fosforescente recorre el horizonte, sobre lomas, torrenteras y colinas. Los condados al este de nuestro camping se han esfumado de repente. Sólo la silueta del depósito de agua, al fondo, destaca sobre la uniforme negrura de la noche, envuelta en una atmósfera cargada de un intolerable hedor a carburante y semen. Hace tanto calor que imagino que arden fogatas en este viejo y oscuro cielo sureño.

Me siento en el primero de los escalones. Es inevitable pensar en la discusión que hemos tenido esta

noche, en mi comportamiento. No puedo aprobarlo. Tampoco quisiera recordar lo que dije: *No necesito querer a ninguna mujer más, con dos me basta. No soy ningún héroe. ¿Podréis entenderlo algún día?* Cuando regresé, ellas dormían ocupando toda la cama. Además, están esas pesadillas.

Paso las brasas de mi cigarrillo por el anillo de látex de un condón pegado a una piedra en forma de escorpión, candente por el sol de toda la tarde.

«Es un excelente engrudo», pienso.

Tras reprimir una angustiada arcada me detengo en mi sentimiento de culpabilidad por todo lo ocurrido esta noche: un sotobosque colmado de fresca y exuberante vegetación que, al contacto con este aire preñado de invisibles hogueras, arde en mi interior como una vieja fotografía del paisaje en blanco y negro.

Odio estos sentimientos, transfigurados en estúpidas pesadillas.

—No le des más importancia, Olivieri —dice una voz a mi derecha; una voz asexual, sutil como un hilo de plata al rojo. No veo nada y por eso me asusto, dispuesto a recibir el lanzamiento de cualquier excrescencia—. Ha sido uno de esos grupos de niños cajunes, cuatro o cinco cabroncetes con la cabeza pelada.

Tras un par de segundos en los que intento adaptarme a la visión nocturna, adivino la figura de la vecina junto a la roulotte de la derecha, la más pró-

xima a nuestra caravana. Su presencia parece brotar directamente de algún recodo oscuro de la pesadilla que me impidió conciliar el sueño esta noche. También me recuerda a esos seres nocturnos que, siempre ocultos en encrucijadas y fronteras, páramos y bosques tupidos, son especialmente peligrosos si te ven antes de que tú los veas a ellos. Desde que llegamos al camping, siempre ha estado ahí, siempre ve primero. Absolutamente nadie habla con ella. Comienzo a abotonarme la camisa mientras me incorporo, todavía sin verla con claridad. La manga izquierda cae como un desagüe vacío.

—Sí... Buenas noches.

A Nola le da bastante miedo, pues le recuerda a su tía enferma de pelagra en Denver, Colorado. Y Hazel opina que es «siniestra como un tarro de mermelada sobre una silla de ruedas deportiva».

Está sentada en una mecedora, entre un bidón de gasoil pestilente y esa especie de *rickshaw* donde se refugian, languidecen y van a morir algunos animales. Como no contesta, digo:

—¿Tampoco puede dormir con el calor?

Una pequeña emisión de luz movediza cruza mi parcela hasta instalarse entre las piernas de mi vecina. Distingo la cola. Es su asqueroso gato rechoncho y tullido, que regresa de entre los desechos apilados frente a nuestro hogar. Con la cáscara de un plátano afloran-

do a ambos lados de su hocico, corre a esconderse tras uno de los cuatro bloques de hormigón que sostienen la caravana de mi vecina: cualquier barco atunero varado en medio de este trozo de desierto en Arizona, un área postal inexistente.

–Diría que hace muy buena noche, ¿no cree? –pregunta con un peculiar acento del sur, arrastrando las palabras como les he oído hacer a algunos esquiladores–. Se agradece tras un día tan caluroso.

Asiento sin saber qué decir. Estoy acostumbrado a no discrepar con las mujeres. Todo está tan oscuro... Recuerdo que alguien pagaba, en algún lugar, siete dólares por un kilo de lana... De vez en cuando, cualquier efecto óptico causado por la fatiga provoca el surgimiento de repentinos destellos en el horizonte: tímidos reflejos de cuchillos y hachas multiplicándose en el cielo de este desierto, tan vacío como una terraza. Más allá de un par de metros detrás de mi vecina, no veo nada.

Pienso en un país al azar, sin ninguna razón, por ejemplo: Túnez. También tiene desierto.

–Al menos ahora nadie lanza porquerías contra nuestra caravana –acabo por decir, arrepintiéndome antes de haber terminado la frase. Aunque, por otra parte, están esos condones, esa vida rancia y marchita envuelta en la negra oscuridad–. Quiero decir...

–Ya. Todas esas... *cosas*. Lo siento.

—No pasa nada. Hemos decidido irnos mañana —digo, queriendo desviar la conversación sin la suficiente destreza—. ¿Seguirá mucho tiempo aquí? —demasiado inquisitivo sin pretenderlo. Intento suavizarlo: a veces olvido mis orígenes judíos—. No en la mecedora, por supuesto, sino en el camping.

No hay nada que lo insinúe. O tal vez sí: estos bloques de hormigón son como un acento o un asterisco explicativo sobre su vida: «Estancia permanente». Tendrá diez o quince años más que yo. Quizá haya cumplido los setenta, aunque no los aparenta. No puedo afirmarlo con exactitud, siempre está sentada en esa mecedora, como una persona convaleciente, al igual que el resto de los integrantes de esta comunidad. Y pese a ello, adivino una estructura ósea firme, óptima, lo que siempre augura, por lo menos, una decadencia paulatina y honorable.

—Bastante. Imagino que bastante tiempo.

No insisto. Creo haber oído a alguna de las dos llamándome. Tal vez sea Nola y no encuentre la bacini-lla. O Hazel, que tiene hambre o náuseas. *No necesito querer a ninguna mujer más, con dos me basta.* Me asomo al interior y enciendo otra cerilla de ARMANDO'S, pescado y panqueques al pie de las montañas Rincon. Todo está en calma. Por fortuna, pues empeoraría la situación. Muy lentamente, cierro la puerta con remaches de aluminio a ambos lados. Este silen-

cio (un silencio hueco, vacío de sí mismo, sin repercusión ni augurios) agudiza la sensación de que es muy tarde.

—No sé si la hemos molestado —comienzo a disculparme en voz muy baja, demasiado baja, temiendo aumentar la temperatura con mi sola voz—. Pero si es así, deje que le diga que lo siento... En realidad, los tres lo sentimos. Han surgido una serie de discordancias.

—Estáis vertiendo agua en una jarra sin fondo —dice, sin que yo pueda verla.

No entiendo nada, por supuesto.

Así que decido no seguir por ahí.

—Las paredes de nuestra casa no son muy gruesas, supongo.

¿Una jarra sin fondo?

—No demasiado —responde. Se hace un silencio—. ¿Quieres acercarte un poco? —me pregunta antes del momento en que me sentiré realmente incómodo, que llega justo ahora—. Vamos a despertarlas si continuamos hablando en la distancia.

Sin embargo, debo rendirme a la evidencia de su reflexión. Por otra parte, pienso, he perdido el sueño, otra noche más. Creo que me he acostumbrado a nuestras conversaciones nocturnas: impersonales, anónimas, prescindibles... Perplejas. Recuerdo que durante una temporada viví con una mujer llamada Serena que

era capaz de charlar hasta el amanecer. En Oackland, justo encima de un concesionario de coches. Todas eran historias de bares irlandeses y atardeceres en esos mismos bares irlandeses. Mientras asentía a sus explicaciones, asomado a la ventana sobre los capós de los coches, algún posible comprador reclinaba el asiento de un Mazda descapotable, o calculaba el espacio del maletero con una cinta métrica color rosa. Lo que estaba detrás de todo aquello era lo que suele denominarse *el tiempo*.

Accedo a su propuesta llevado por la costumbre de estos últimos días, como un vulgar jugador de ajedrez que se sienta frente a un desconocido –un simpático rabino, bastante mundano– y abre la partida en cualquier parque público, entre fresnos amarillentos y patinadoras lesbianas que chapurrean un poco de ruso. Apago el cigarrillo contra la piedra en forma de escorpión y me incorporo, calculando el lugar donde me sentaré frente a ella. Cuando estoy de pie, dudo entre el saliente de uno de los bloques de hormigón, alguna de mis sillas plegables o el duro suelo. Las gotas de sudor que penden de mis pestañas me ofrecen, no el paisaje, sino el reflejo del paisaje sobredimensionado y anamórfico, igual que al acercarnos a la superficie argentada de una bola de Navidad colgada del árbol. Definitivamente, empiezo a caminar, intentando alejar todo lo que puedo de mis embotadas atribuciones

la decisión final. Es un acto estúpido, pero que me conviene mientras exploro sentimientos lindantes con la culpa. Tropiezo varias veces con dos latas de refresco que no he visto. Pierdo el equilibrio y apoyo mi hombro contra algo, no sé qué. Creo que ella mira hacia otro lado para no incomodarme. El gato ha emitido un chillido más propio de una rata, pues deduce que soy una amenaza. Acabo sentado, como supe desde el primer momento, en uno de los bloques de hormigón, el más cercano a nuestra propia parcela, aunque desde aquí se advierte el hedor de la lefa recalentada y los racimos de insectos aleteando en torno a ella. Mis piernas son bastante largas. Por decirlo de alguna manera, la posición es poco natural. Dado que nuestra hilera es una de las más elevadas del camping, entreveo el inclinado cielorraso de claraboyas, placas solares y remaches metálicos que convergen en un arco de neón con forma de pitones bovinos cuyo relumbro irradia una pequeña nube de polvo, a unos cien metros. Alrededor, todo lo cerca la valla de alambre. Más allá (me vuelvo a decir, sin el menor interés ni desconcierto) no hay nada. No podría imaginar la nada, en realidad.

–Las he notado muy irritadas –dice.

Antes de contestar, asumo que éste es mi destino, por esta noche. Dialogar con ella de nuevo, en medio de esta oscuridad, aquellos condones, este calor, la jarra sin fondo... Por un momento, olvido el mal sueño: mi

padre galopando a lomos de un poni en un viejo carrusel de feria, mientras carga a oscuras con su bombona de oxígeno; de inmediato, cae por una espiral de vacío, agarrado a la informe polla del animal, que ha dejado de ser de cartón. Evidentemente, estos sueños constituyen mi pequeña contribución a la naturaleza de la culpa judía, ahora que he recordado mis orígenes. Escupo el polvo que agrieta mis labios segundo a segundo, abriendo las rodillas y creando entre ellas un espacio para el salvazo. En el bloque de hormigón de enfrente, el gato ha comenzado a emitir soterrados sonidos de amenaza. Tiene la mirada fija en mi manga izquierda, mecida por mis movimientos. Entonces, enciendo una cerilla cuya finalidad consiste en ubicar la posición del animal y disuadirle de sus propósitos perjudiciales para mi salud, aunque también termino por fumar otro cigarrillo.

—Es Hazel. Le indigna nuestra situación en el camping —digo.

—Se oía todo, Olivieri. No creo que haga falta.

—Naturalmente que es por eso —replico haciéndome el ofendido—. Sólo hay que mirar nuestra parcela... Nola... ni siquiera...

—¿Nola?

—Máscara de apicultor, alta y rubia. Tan joven...

—No soy especialmente curiosa, pero las voces llegaban hasta West Tucson. En mi opinión, toda el área

con el código postal 6026 debe de estar al corriente. Aparte de eso, sólo hay que mirar la decoración de la parcela... Tanta inmundicia... –Estoy controlando la posición del gato, de modo que es como si me estuviera hablando *él*, desde sus bigotes–. No deja de crecer, tanto como esa indignación de Rachel de la que me hablas...

–HAZEL –grito, sin entender nada. Si el gato se acerca un poco más, lanzaré una patada o esgrimiré la punta de mi cigarrillo contra sus retinas romboidales–. ¿Está enfermo, tiene alguna enfermedad?

–Enhorabuena.

–¿...?

–Enhorabuena. Son muy guapas. Puedo decirlo porque normalmente van desnudas...

–Sí, gracias –concedo.

–Y tú ya eres viejo y sólo tienes un brazo...

–En fin...

–La próxima vez tendréis que cerrar la puerta.

–...

–¿Para qué sirve eso que lleva Nola en la cabeza? –añade, como me esperaba, *nuevamente*.

Creo que si no fuera por la oscuridad me ofendería. En cambio, la sensación que tengo es la de hablar con el propio desierto, de estar verbalizando con éxito mis actuales sensaciones, algo que realmente me ayuda a sentirme mejor.